

chaquiras y espejos, reflejos de oro, ballet de pájaros —hombres traídos de su noche americana a la noche de la tierra conquistadora.

LOS INDIOS VOLADORES

Cerró México la noche anterior iluminada con la magia del folklore de Hidalgo y Puebla y Veracruz. Esta mañana, la plaza mayor de Cáceres abre un vértice hacia el cielo, protector de la danza y del sonido. Índice extendido como llamando al pueblo a la estampa folklórica más emotiva del Festival: el legendario “juego del volido”, de la huasteca totonaca, la danza de viento y de nube de los indios voladores del espinal veracruzado.

Imaginaros ese tronco de árbol, de treinta metros de altura, desnudo como músculo de guerrero, con la vena vendada de una cuerda de cáñamo. Arriba del todo, un tamborcillo de madera de apenas medio metro de diámetro y colgado de él un bastidor cuadrículando el espacio. Cinco indios, auténticos nativos de la Costa de Veracruz, trepan como atletas oscuros, mientras un músico, allá abajo, sopla su flauta y tunde el teponaztli (tico, tico, titico-toco, totoco, totoco). El dedo del mástil parece cerrar los labios de las nubes para un silencio total de la plaza llena de millares de espectadores. Baila el palo, meciéndose del peso de los indios voladores. Vuelan las cigüeñas asombradas. Los cuatro marineros se sujetan a la cofa improvisada en el aire, mientras las ondas multicolores de las gentes, treinta metros abajo, se acercan, se detienen, refluyen de todos los ríos de las calles, sargazos de espera y de inquietud. Ahora el jefe de los voladores conquista su puesto, se sienta en el tamborete de arriba, suena un cuerno sonoro que exhala extraña música de invocación, al Norte y al Este, al Oeste y al Sur, girando la cabeza hasta los talones con escorzo de ave detenida.

Y de pronto *se pone en pie*. Allí, arriba de todo. Y baila con fiereza un zapateado de pies desnudos, inverosímil de riesgo y de bravura. Y al tiempo los cuatro hombres-pájaros se lanzan en vuelo tendido, cabeza picada, brazos abiertos, pies sujetos por cuerdas enrolladas con sabia maestría matemática. El impulso de sus cuerpos hace girar el cuadrángulo suspendido, en vueltas cada vez más rápidas, en círculo cada vez más grande. Sólo unos minutos dura el audaz vuelo de estos indios mexicanos, trece vueltas por trece años cada uno, símbolo del calendario azteca que expresa bien la duración de la caída en nuestros sentidos, suspensos también.

Segunda y última jornada del Festival de Cáceres. México nos trae ahora sus bailes criollos: "la bamba", este son de huapango que se baila, por su nombre, sobre la tarima, taconeado vigoroso al son de arpa y jarana, violín y guitarras; "las chiapanecas" y, en fin, la danza nacional, "el jarabe tapatío", heredero directo de ese jarabe gitano que contaba Felipe Pedrell, hijo del zapateado español, danza de acoso y requiebro de la familia de las seguidillas que aquí nos la bailan con el "sombbrero arroja", cuando los tenues tacones de la china persigue su círculo de homenaje.

Ved ahora este grupo de niñas de Cáceres, vestido blanco, rito de danza ingenua evocando la página purísima de un hallazgo del siglo XVII; la "Reverencia al Santísimo", ofertorio de doncellas en la más bella línea folklórica. Después, diez, doce, quince indios ecuatorianos nos dan la monorritmia de sus bailes de saltitos, de sus danzas de la costa, de sus coros quechuas: tono menor, imitación de pájaros, rumores sordos de percusión. Y en brusco contraste continental, del Pacífico al Atlántico, la voz honda del bajo cantante Alfredo Mello traza una bella antología brasileña: "modinha" suave y pausada de salón; "chula" del Pará, tan próxima al lundú en la que brilla el son nostálgico de un fado portugués; y "xangó": he aquí una personal, brava interpretación, al estilo de Recife, del tema inagotable del candombé, del catimbó, en la mejor raíz del folklore afroamericano.

ACUARELA FILIPINA

A Filipinas el público le tributó emocionado aplauso, el Jurado del Festival uno de los primeros premios. Selección acertadísima de su folklore en tres estampas bellas y distintas: Mindanao, representado por la fina danza de las princesas moras, el "Kandingan"; Visayas, con "pandanggo sa ilaw" (¡hasta aquí llega el imperio folklórico del fandango!), un espectacular baile de luces, como la cumbia o el candil; y el famoso "tinikling", de Luzón: ved al pajarito "tikling" saltando de rama en rama, evadiendo las trampas de los cazadores; con observación oriental, minuciosa, rítmica y estudiada, estos bailarines filipinos saltan, danzan, esquivan, por entre la norma estricta de dos cañas de bambú que abren y cierran el resorte de su ritmo, mientras las cuerdas de los instrumentos pican una melodía como gorjeo, rumor de alas, revoloteo melódico que, ¿lo decimos?, tiene un extraordinario parecido con las jotas de la ribera navarra (como otra danza filipina, el "balitao", se entronca directamente con la jota aragonesa).

FOLKLORE DEL PACÍFICO. OFRENDA CACEREÑA. CANTA MÉJICO

Grupos universitarios de Colombia, de Chile, de Perú, trazan sucesivamente una bella lección de los folklores criollos del Pacífico. He aquí el baile alegre, el canto feliz del bambuco, de la guarina de Cundinamarca, o la chinquiqueña, o la Antioquía, o la del Tolima.

*Soy, soy del Tolima:
Canto bambuco, canto bambuco,
Bailo guabina.
La guabina se baila
De dos en fondo,
Y en llegando la noche:
¡Armas al hombro!*

Venga la cueca de "La bella azuzena". Entonan los huasos chilenos las tonadas de "Mi negra" y "Yo vendo unos ojos negros": ¡Arre-mángate el vestido! —chillan por fandango del otro Océano. Y la gente, todo el público, lleva el compás de palmas como en una fiesta del gaditano barrio de Santa María. Y el "Centro peruano, después de la bella saña, "A lundero le da", se arranca nada menos que por marineras de la auténtica "guardia vieja": "Moreno pintan a Cristo", para rematar un huayno con reflejos de khaluyo meridional, acentuando la rueda en baile de farruca. Sí, allí más arriba, en la montaña peruana, la quejumbrosa llamada inicial de estos huaynos, se vió de pronto mecida, zapateada de baile andaluz, de alborada y farruca, cuando los indios de gorros de lana de vivos colores recuerdan a los conquistadores andaluces y extremeños.

Dos bellas estampas musicales han mezclado su esencia tradicional, apretando la emoción, el interés humano de este certamen: primero, el magnífico grupo de las muchachas cacereñas, nos dan la bienvenida de la ciudad-huésped con su "jota del candil", "el arbolito" y la prodigiosa "Alborada del casar". Ver los rojos y negros, y blancos y dorados, del traje regional de Extremadura, que remata uno de los símbolos folklóricos más hermosos de las tierras de España. Si toda la ciudad de Cáceres vibra durante el Festival, este ofrecimiento de su mejor saber popular tiene sello de hidalga bienvenida. La segunda estampa es mejicana: una soprano de voz intensa, impostada, que devuelve al rico folklore de su tierra calidades de noble intérprete: Belén Ortega,

LOS COLOMBIANOS. ZARAGOZA

Llegamos al final de este certamen inolvidable de Cáceres. Mañana, los próximos días, otras ciudades, por la mejor ruta extremeña y hacia Madrid, recibirán esta embajada extraordinaria del folklore de Hispa-

noamérica y Filipinas. Llegamos a esta final de dos conjuntos, quizá los más representativos —si todos lo fueron—, contraste de España y de Colombia, broche maestro del Festival. Porque cerrando y abriendo el desfile de los grupos anteriores, han actuado el grupo de Coros y Danzas de Zaragoza y el folklore colombiano de Delia Zapata.

Este grupo de folklore colombiano tiene caracteres de crisol de las razas, de fusión de lo mestizo, lo criollo y lo mulato: sus bailarines negros, atléticos y vitales, excavan en el aire cien esculturas de ritmo, mientras las ocarinas de los músicos indios muerden la carne de la danza con los alfileres de su melodía. Salen estos indios músicos de San Jacinto, en Cartagena de Indias. Percusión africana, gaitas de macho y hembra. Folklore de la costa. “La tejida de la palma”, “Reina esclava”. Canta Leonor González, negra de buena voz. Respiran las cañas lamentos de siringa clásica. Un ronco mar embravecido aguaita en los marches y maderas. Sale la negra que es reina y esclava. Sobre los morenos de pechos curtidos, anchos sombreros de paja dorada, breves calzones de lienzo. Gira la negra. Bailan los mulatos. Y el palo clava en el medio las cintas que se trenzan (¡como en el folklore de Castilla!). Chillan las gaitas, crujen los tambores, el ritmo se endiabló; se encona; trenzan los cuerpos más que las cintas, y el frenesí, detenido un momento, como para tomar fuerza, crece como en júbilo de vientos movidos y oscuros. Al final todo baila increíble: las figuras se funden en rueda incesante. Un último estertor de las cañas y la trenza se cumple.

El público ni respira. Allá, en algún sitio, se encienden las velas de la cumbia. Los músicos se sitúan en el centro: tambor y tambora, flautas de carrizo y de millo, arrastre de carrascas y maracas, guaches y semillas. Y cuando salen los bailarines —esa pareja que les dirige, Delia y Julio— se inicia la vuelta de saludo, prólogo de este rito de amor ante el mar. Las antorchas en alto, tras la flecha esquiva de los negros, tiembla un paso de polca iniciando el asedio. Ellas mueven, suben o bajan las sayas multicolores, trenzan el aire con el escorzo de sus brazos, acarician, ofrecen, saltan, ceden; luego, se revuelven tras el desmayo. Cada pareja de danzantes vive un universo desligado, un pleito propio. Pero el misterio de la danza los empuja a todos. Puede que veáis, un momento, a un bailarín detenido, quieto, cuando el rumor musical es más vívido; o que una vela se apague con malicia en el paso cambiado. Pero el ritmo martillea y crece, está dentro de la carne y de la sangre de los danzantes que respiran y beben en él. La rueda de cumbias, la cumbiamba, no decrece: aumenta, continúa, se multiplica porque nadie pide tregua. Bajo la noche de junio, diez mil personas quedan sin aliento por el aliento de diez. Se ha logrado el embrujo de este folklore, donde se funden temples criollos, música india, músculos negros.

Y el "currulao" o el "patacoré", donde todo el conjunto de carne de danza se hace llama de una selva trepidante y espesa movida bajo el huracán del Caribe o del Pacífico; bajo el viento de las enaguas de Delia Zapata, girando como liana embravecida, con temblor hirviente de fuerza y de belleza.

* * *

"¡Hala maña!", gritan cuando bailan la jota de Teruel los baturos. La sobriedad de trajes, el trenzado de pies, el perfecto ajuste de danzas y castañuelas, ha conseguido el imposible de sorprender, después de la sorpresa colombiana. Sigue la jota de "guara" y la voz apretada, intensa, de la copla, enciende los pies que muerden el suelo, hacen encaje en el aire, mientras abejeorean los crócalos con su cadencia eterna. Cuando la jota se pone brava una onda abierta conmueve a todo el grupo de bailarines que saltan y quiebran y giran, como normas de un gran incendio de ritmo y de fuerza. He aquí el final del gran idilio entre el fandango y la jota, Adán y Eva de los mil bailes mestizos de Hispanoamérica.

* * *

Porque este Primer Festival de Folklore Hispánico de Cáceres ha sido un Festival mestizo.

La "g" de la guitarra era tan semeja a la "q" de la quena, que parecían una misma letra modificada por el tironcito de un indio del Titicaca.

CUADERNOS
HISPANO-
AMERICANOS

FUNDADOR

PEDRO LAIN ENTRALGO

DIRECTOR

LUIS ROSALES

SUBDIRECTOR

JOSE MARIA SOUVIRON

SECRETARIO

ENRIQUE CASAMAYOR

DIRECCIÓN, SECRETARÍA LITERARIA
Y ADMINISTRACIÓN

Avenida de los Reyes Católicos,
Instituto de Cultura Hispánica

Teléfono 24 87 91

M A D R I D



EN EL PROXIMO NUM. 105
(SEPTIEMBRE 1958)

ENTRE OTROS ORIGINALES:

Luis Rosales: *El quijanismo de
Don Quijote.*

Darío Suro: *La pintura en Nueva
York.*

José J. Perlado: *En torno a Al-
bert Camús.*

Manuel Fraga Iribarne: *Intro-
ducción a la historia constitu-
cional del Brasil.*

Concha del Marco: *El té del psi-
quiátra.*

Hdefonso M. Gil: *Obra novelis-
tica de Fernando Namora.*

Y los habituales comentarios de
actualidad europea y americana.



Precio del número 103:
VEINTE PESETAS

EDICIONES
MUNDO
HISPANICO